

rece el estrado con un dosel bajo cuyos pliegues dos retratos, de igual tamaño y colocados al mismo nivel, reproducen las efigies del Rey de Italia y del Capo de su Gobierno S. E. Benito Mussolini. Ante la extensa mesa presidencial toman asiento, con las representaciones gubernativas y militares, por Alemania Abraham Frowein, por España Bernardes Alavedra, por Francia Fougère, por Suiza Zweifel, por Ungria Mayer, por Inglaterra Arthur Ball, por Grecia Cokkonis, y Rosinski por la Unión Soviética de Rusia. Los *observadores* del Japón y de los Estados Americanos y los miembros de las misiones europeas, ocupamos sillas de terciopelo rojo colocadas en derredor. Detrás, los Congresistas de ambos sexos llenan el vasto aposento.

El discurso de Tondani es un gentil saludo de bienvenida: el del Ministro Belluzzo un efusivo y vigoroso encanzamiento para alcanzar los fines que se han de realizar en la Asamblea. Pero lo que sujeta y subyuga nuestra atención es la oratoria sobria, entonada, llena de dignidad y de emoción, de Belloni, el Pedestá de Milano; hay momentos en que su dicción y su ademán parecen evocar ráfagas del verbo que vibró en el Foro romano entre el Capitolio y el monte Palatino.

Descendiendo desde las alturas tribunicias a la

